

CONSEJO DE REDACCION

Lic. Luis Baliña, Arq. Alberto Bellucci, Lic. Ludovico Videla, Prof. Carola Blaquier, Mons. Juan Carlos Maccarone. Mons. Eugenio Guasta, P. Dr. José Rovai (Córdoba), P. Dr. Miguel Barriola (Córdoba), P. Dr. Alberto Espezel, Prof. Rafael Sassot, Prof. Rebecca Obligado, Prof. Lucía Piossek Prebisch (Tucumán), Dr. Jorge Saltor (Tucumán), Dra. Julia Alessi de Nicolini (Tucumán), P. Sergio Schmidt (Mendoza), Prof. Cristina Corti Maderna, Prof. Dr. Raúl Valdez, Carlos J. Guyot, P. Lucio Florio (La Plata).

Director y editor responsable: P. Dr. Alberto Espezel

Secretaria de redacción: Prof. Cristina Corti Maderna

COMMUNIO

<i>Moral, Conciencia y Derecho</i>	3	
<i>Oliver O'Donovan</i>	5	Una ética evangélica
<i>Servais Pinckaers</i>	17	La conciencia y el error
<i>Raúl P. Valdez</i>	31	Investigación médica en humanos
<i>Karl-Josef Schippergers</i>	39	La sociedad igualitaria y sus peligros
<i>Ludovico Videla</i>	59	Chiapas y sus interrogantes éticos
<i>Ricardo Irigaray</i>	71	La dimensión teológica de la obra de J. R. R. Tolkien
<i>David Schindler</i>	81	Norris Clarke: La persona, el ser y Sto. Tomás

La dimensión teológica de la obra de J. R. R. Tolkien

*por Ricardo Irigaray**

El fenómeno de la creciente difusión, entre nosotros, de los libros escritos por J. R. R. Tolkien ha de llevarnos a poner una mirada en su obra y plantearnos de qué se trata, y cuál es la razón de su influencia cada vez mayor, especialmente entre los universitarios.

Estas mismas preguntas se plantearon en el mundo de habla inglesa, veinte años atrás. Vivían ellos entonces la explosión de la pasión por los hobbits, a raíz de la publicación de “El Señor de los Anillos”, el cual alcanzó en seguida un nivel de ventas que nadie había podido prever, y que nadie se explicaba: ¿Qué hacía que la obra larguísima (más de 1.200 páginas) de este profesor de filología, escrita en un lenguaje deliberadamente arcaico, con una buena dosis de incomprensibles idiomas inventados, y que trataba de elfos, dragones, magia, y otras cuestiones típicas de los cuentos de hadas, causara literalmente furor en los campus universitarios y se vendiera como pan caliente? Hay que tener en cuenta que, en 1968, a sólo trece años de su publicación, los editores calculaban que 50.000.000 de personas habían leído sus tres tomos¹. Sea cual fuere la respuesta, lo cierto es que la influencia de este autor, especialmente sobre la juventud, lejos de diluirse con el tiempo, sigue extendiéndose. Actualmente lo está haciendo en el mundo de habla hispana. “El Señor de los Anillos” alcanzó la novena edición entre nosotros en 1990, y ha sido nuevamente reimpresso desde entonces. En 1993 fue una de las obras más vendidas de la Feria del Libro.

Frente al fenómeno Tolkien y su irrupción entre nosotros, no es de extrañar que muchos se pregunten qué tipo de influencia representa. Incluso se han alzado algunas voces de alerta, sospechosas de encontrarse frente a un pensamiento de la corriente “New

* Sacerdote, San Isidro, prof. de Teología en la Facultad de Derecho y Ciencias Políticas de la Universidad Católica Argentina.

¹ Grota, Daniel: *J. R. R. Tolkien*. Ed. Andrés Bella, Santiago de Chile, 1992, pág. 174.

Age". Ello, además de encerrar un anacronismo —Tolkien había terminado esta obra en 1949²—, está muy alejado de la realidad. El propio autor confesó la raigambre cristiana de su obra: "He escrito deliberadamente un cuento, que está construido sobre, o a partir de, ciertas ideas religiosas"³. ¿Cuáles son?: "Soy cristiano (lo cual puede deducirse de mis obras), y católico apostólico romano por añadidura"⁴. "Con respecto al 'Señor de los Anillos', ...mi intención era que resultara conforme al pensamiento y a la creencia cristiana"⁵.

¿Logró Tolkien esa conformidad? Los que han estudiado este aspecto de su obra nos dicen que sí. Por ejemplo, José Miguel Odero, teólogo de Navarra, que ha escrito un ensayo sobre esta cuestión⁶. O Marc Sebanc, escribiendo en *Communio*⁷. También entre nosotros, Jorge Ferro, que recientemente ha terminado su tesis doctoral titulándola: "Imágenes y símbolos cristianos en El Señor de los Anillos".

La duda se ha planteado, lógicamente, porque llama la atención la ausencia de una religión en el mundo que él ha creado. O incluso por el hecho de que en ninguna de las 1.500 páginas que suma su saga principal ("El Hobbit" + "El Señor de los Anillos") se menciona siquiera a Dios⁸.

Pero esto no debe llevarnos a pensar que se trata de un mundo sin Dios. Al contrario: la obra entera está bajo la luz que proyecta sobre ella el "Ainulindalë", que es una cosmogénesis rigurosamente cristiana. En ella aparece el Dios único creador, los ángeles, la rebelión del más perfecto de ellos. La aparición del mal, la creación de un mundo visible y la providencia divina sobre la historia que comienza en dicho mundo visible o material. La referencia a Dios es fuerte en el "Valaquenta", en el "Silmarillion" y el "Akallabeth", libros que tratan de la Primera y Segunda Edad de su mitología, y que han sido publicados bajo el título común de "El Silmarillion"⁹. La razón de esta diferencia es que estos últimos

² cfr. Carpenter, Humphrey: *J. J. R. Tolkien. Una biografía*. Ed. Minotauro, Barcelona, 1990, pág. 226.

³ Carpenter, Humphrey: *J. J. R. Tolkien. Cartas*. Ed. Minotauro, Barcelona, 1993, pág. 332.

⁴ op. cit. pág. 337.

⁵ op. cit. pág. 413.

⁶ Odero, José Miguel: *J. J. R. Tolkien. Cuentos de hadas*. EUNSA, Pamplona, 1987.

⁷ Sebanc, Marc: *J. J. R. Tolkien: Lover of the Logos*. *Communio* 20 (Spring, 1993), pág. 84.

⁸ Al propio Tolkien le plantearon esta dificultad, como lo narra él mismo: "La única crítica que me molestó fue la de que 'no contenía religión alguna'" (Cartas, op. cit. pág. 258).

⁹ Tolkien, J. R. R.: *El Silmarillion*. Ed. Minotauro, Barcelona, 1991 (undécima edición).

relatos (que en realidad fueron los primeros en escribirse, aunque se publicaran póstumamente) están narrados desde la perspectiva de los elfos¹⁰. Estos, en la mitología tolkiniana, son los primeros hijos de Dios, creados por El un poco antes que los hombres, de los que luego serán coetáneos. Son como los hombres, pero dotados de dones que podríamos llamar “preternaturales”, como el “posse non mori” del Paraíso Terrenal. En el intervalo que va desde su alumbramiento hasta la aparición de los seres humanos, han vivido con los Valar, que son aquellos de los ángeles que han descendido a vivir en la tierra, asumiendo una forma visible para ello. Este “convivium” en el reino Bendecido (el equivalente tolkiniano del Paraíso, si bien tiene grandes diferencias con el bíblico) ha ilustrado la mente de los elfos acerca de las verdades trascendentes, y les ha dado la oportunidad de participar en el culto que los Valar (ángeles descendidos) tributan al Único.

En cambio los seres humanos (excepto los que reciben sabiduría de los elfos, y constituyen el Reino de Númenor en una isla que después desaparece como la Atlántida), se hallan en una situación de gran ignorancia con respecto a Dios, puesto que no han tenido revelación ni Redención todavía¹¹. Conocen tan sólo una religión cósmica o de “teología natural”¹². Y es desde el punto de vista de éstos que se narran los relatos correspondientes a la Tercera Edad (“El Hobbit” y “El Señor de los Anillos”). Ello explica entonces, por qué la referencia a Dios que es tan fuerte en las sagas élficas, desaparece en las humanas.

Pero aún subsistiría la pregunta: ¿Y por qué Tolkien ha ambientado sus relatos en un mundo tal, tan ignorante de Dios, si de veras hay en él un “pathos” religioso?

Para esto, Tolkien tuvo dos motivos. El primero es de tipo artístico: cuando comenzó a soñar primero, y luego a escribir estas sagas, de muy joven, gustaba intensamente de las leyendas germánicas y escandinavas, de sus idiomas (que como filólogo estudió durante muchos años), de su “atmósfera”. Lamentaba que

¹⁰ “Las elevadas Leyendas del comienzo... consideran las cosas a través de las mentes élficas” (*Cartas*, op. cit. pág. 173).

¹¹ “La Caída del Hombre se da en el pasado y fuera de escena; la redención del Hombre está en el futuro distante. Nos encontramos en una época en la que los sabios saben de la existencia del Único Dios, Eru, pero no es asequible salvo por la mediación de los Valar, aunque todavía se lo recuerda (tácitamente) en la oración de los hombres de ascendencia numenoreana” (*Cartas*, op. cit. pág. 449).

¹² “Es un mundo monoteísta de ‘teología natural’. El extraño hecho de que no haya iglesias, templos o ritos y ceremonias religiosas forma simplemente parte del clima histórico descripto” (*Cartas*, op. cit. pág. 258).

no hubiera algo equivalente en su propio país. E intentó, en cierta forma, llenar ese vacío¹³. Por eso las leyendas que escribió están ambientadas en un mundo que es precristiano, pagano.

La segunda razón obedece a su propia concepción del mito: "El mito y el cuento de hadas, como toda forma de arte, deben reflejar y contener en solución elementos de moral y verdad (o error) religiosa, pero no de manera explícita, no en la forma conocida en nuestro mundo primordialmente 'real'¹⁴". Esto explica por qué eligió un ambiente no cristiano como escenario para sus leyendas. Y dentro de ese ambiente, la forma mítica, que no explícita sino sugiere, insinúa (Tolkien tenía un decidido rechazo por la alegoría como forma literaria, porque le parecía que sus rígidos paralelismos quitaban libertad a la mente del lector, y a sus posibilidades de trascender la figura en pos de lo significado). Por eso nos dice: "...reduje deliberadamente todas las alusiones a los asuntos de gran importancia a meras sugerencias, sólo perceptibles para los más atentos, o la mantuve como formas simbólicas sin explicación. Así, Dios y los dioses "angélicos", los Señores o Poderes del Oeste, sólo se atisban en pasajes como sola conversación que mantiene Gandalf con Frodo: "algo más había en juego por detrás, por encima de los designios del hacedor del Anillo"; o en la acción de gracias numenoreana de Faramir antes de la cena"¹⁵.

Esta falta de alusiones explícitas a Dios y a lo religioso no deben llevar al error, entonces, de pensar que el tema está ausente de la obra. Por el contrario, Dios y la referencia (implícita) a El constituyen el tema central. Tolkien mismo salió al cruce de los que no lo supieron interpretar así: "En El Señor de los Anillos el conflicto no se centra básicamente en la 'libertad', aunque, por supuesto, ella queda comprendida. Se centra en Dios y su derecho exclusivo al honor divino"¹⁶. Podríamos preguntarnos entonces de qué manera se expresa esa centralidad.

Podríamos responder que "a contrario sensu". Pero para comprenderlo tenemos que tener en cuenta un aspecto del argumento que el autor mismo nos aclara: "Los elfos y los numeno-

¹³ "Desde mis días tempranos me afligió la pobreza de mi propio amado país: no tenía historias propias (vinculadas con su lengua y su suelo), no de la cualidad que yo buscaba y encontraba (...) en leyendas de otras tierras... Tenía intención de crear un cuerpo de leyendas más o menos conectadas, desde las amplias cosmogonías hasta el nivel del cuento de hadas romántico (...), que podría dedicar simplemente a Inglaterra, a mi patria" (Cartas, op. cit. pp. 171-172).

¹⁴ Ibidem.

¹⁵ Cartas, op. cit., pág. 237.

¹⁶ Cartas, op. cit., pág. 286.

reanos creían en el Unico, el verdadero Dios, y consideraban una abominación la adoración de cualquier otra persona. Sauron deseaba ser un Rey-Dios, y sus servidores lo tenían por tal; si hubiera resultado victorioso habría exigido honores divinos y poder temporal absoluto sobre el mundo entero”¹⁷. Toda la lucha que se desenvuelve en “El Señor de los Anillos”, es la lucha de aquellos que quieren permanecer fieles por resistir este intento. Todo su esfuerzo se dirige a impedir el “dominio del Señor Oscuro Primordial y de su falsa idolatría... De ese modo, escaparon de la ‘religión’ en sentido pagano hacia un mundo puro monoteísta, en el que todas las cosas y los seres y los poderes que podrían parecer venerables no fueron venerados, ni siquiera los dioses (los Valar), pues eran sólo criaturas del Unico. Y El era inmensamente remoto”¹⁸. El sentido religioso de este esfuerzo pasa desapercibido para el lector desprevenido, si toma al libro como una simple “novela”. Pero para Tolkien esto es el centro del tema, y en ese esfuerzo por permanecer fieles a Dios y a las normas morales (conocidas a través de la conciencia, ya que al no haber aún Revelación no existe la ley divina positiva), y por resistir la presión idolátrica circundante, hasta los límites del heroísmo y de la resistencia humana (asistida por la gracia), se alcanza, según él, la santidad.

Hablar de santidad (en las cartas donde explica el sentido de su obra, Tolkien lo hace abiertamente) en un mundo no cristiano entraña cierta audacia, y nos acerca a un nuevo planteo: teológicamente, ¿es viable hablar de santidad en un contexto de “religión natural”, ajeno a la Revelación? Aquí podemos ayudar nuestra reflexión con el pensamiento del Cardenal Daniélou.

El ha abordado el tema en su libro “Los santos paganos del Antiguo Testamento”¹⁹. En él precisa el estatuto teológico de los hombres en ese estado que, utilizando palabras de Tolkien, hemos llamado de “religión natural”. Pero este término ha sido tan oscurecido por las discusiones de los teólogos de nuestro tiempo y encierra tantas ambigüedades que he preferido evitarlo. En general, se entiende por “naturaleza” lo que constituye la esencia del hombre consideraba abstractamente y fuera de su histórico llamado a la Gracia. Es pues evidente que en este sentido la palabra “natural” no conviene de ningún modo a los personajes que

¹⁷ Ibidem.

¹⁸ *Cartas*, op. cit., pág. 240.

¹⁹ Daniélou, Jean: “Los santos paganos del Antiguo Testamento”. Ed. Carlos Lohlé, Buenos Aires, 1960.

estudiamos, puesto que la Biblia los considera en un orden histórico, que es desde el comienzo un orden de gracia”²⁰.

Aquí debemos aclarar que esto vale igualmente para los personajes de la obra que estamos estudiando. También Tolkien los considera bajo el orden de la gracia²¹. Dicho lo cual podemos retomar el hilo del pensamiento desarrollado por Daniélou:

“Así, pues, sólo debería hablarse aquí de religión ‘natural’ en el sentido de que esos personajes han conocido al Dios vivo a través de su manifestación en la ‘naturaleza’, es decir en el mundo visible, según la enseñanza de San Pablo. Eran, en efecto, extraños a la revelación positiva, la cual comienza con Abraham. Y es difícil precisar en qué medida los vestigios de la revelación positiva hecha a Adán habían podido llegar hasta ellos²². En todo caso, Pablo sólo alude a esta revelación de Dios constituida por la manifestación de su providencia en el mundo y de la ley de su conciencia. Pero, para evitar cualquier equívoco, hemos preferido por esas razones hablar aquí de religión ‘cósmica’²³. Según él, entonces, esta expresión ‘parece ser la más apropiada para designar el período de la historia sagrada anterior a la alianza con Abraham y al mismo tiempo lo que subsiste de verdad en las religiones no bíblicas. Dejando de lado cuestiones de vocabulario, la Biblia nos enseña que esta religión ha tenido santos y por ende ha habido santos ‘paganos’²⁴”.

¿Y quiénes serán estos hombres y mujeres que, ajenos a la alianza de Abraham, alcanzaron una unión con Dios tan grande en la gentilidad? Daniélou, siguiendo la Sagrada Escritura, nos habla de Abel, Enoc, Daniel, Noé, Job, Melquisedec, Lot y la reina de Saba. Por supuesto que no puede ignorar los problemas suscitados respecto a la existencia histórica de estos personajes. Pe-

²⁰ Danielou, op. cit., pág. 8.

²¹ Véase, por ejemplo, en las Cartas (op. cit.), pág. 145: “Creo que no hay ahorro concebible que esas criaturas (los hobbits) no puedan superar mediante la gracia, que aquí aparece bajo formas míticas, combinada con el rechazo en última instancia del compromiso o el sometimiento por parte de su naturaleza y su razón”. O también la pág. 184, en donde, hablando de los numenoreanos, dice: “Hay tres fases en su caída del estado de gracia”. Esos, y otros pasajes demuestran que Tolkien concebía a sus personajes actuando dentro del orden de la gracia.

²² El equivalente tolkiniano de esta revelación recibida por Adán en el paraíso, sería la recibida por los elfos en el Reino Bendecido, y que luego de perderlo transmitieron a los hombres de raigambre numenoreana. Qué podría haber perdurado de ello hasta la Tercera Edad, época en que se sitúa “El Señor de los Anillos”: indudablemente, muy poco.

²³ Danielou, op. cit., pág. 8.

²⁴ Danielou, op. cit., pág. 9.

ro se niega a reducirlos a una categoría puramente mítica; y por otra parte, considera que ellos resumen en sí las características de muchos otros personajes semejantes cuyos nombres la historia no ha recogido. De este modo, el hecho de que no se les pueda atribuir una existencia histórica en el sentido moderno de la palabra, no disminuye sino que aumenta la importancia de estos personajes arquetípicos.

La situación de los paganos frente a Dios nos ha sido explicada en los capítulos I y II de la Carta de los Romanos: Dios se les manifiesta “como creador de la inteligencia (Cap. I); y como juez a la conciencia (Cap. II). La Epístola a los Hebreos (XI, 6) atestigua que ciertos paganos han tenido esta fe, puesto que la menciona a propósito de Enoc”²⁵. Pero si bien la Biblia nos presenta estos hombres ejemplares en medio de la gentilidad, también es cierto que los muestra como excepcionales en una sociedad que se vuelve masivamente hacia la idolatría y sus consiguientes aberraciones morales: “La visión bíblica del mundo nos lo muestra (al mundo) como arrastrado por la ola de idolatría y de pecado que se extiende sobre él. Es la visión del capítulo I de la Epístola a los Romanos. Pero, en medio de esta apostasía general, emergen algunos justos, como testigos de la verdad: tal como Noé «cuando había crecido la maldad del hombre sobre la tierra» (Gén. VI, 5), tal como Lot en medio de las iniquidades de Sodoma, tal como Daniel en el seno de un pueblo idólatra y sensual”²⁶.

Esta visión coincide plenamente con la que nos plantea Tolkien en sus sagas. En el estado de la humanidad que él plantea, la fidelidad a Dios (lo que la Biblia llamaría los justos, y nosotros los santos) se define por la resistencia a la idolatría, y la firme negativa a la tentación de utilizar medios ilícitos, tales como la magia, el uso injusto de la fuerza sobre el prójimo, etc.²⁷

Dentro de este contexto, la imagen de la santidad que nos plantea Tolkien aparece claramente delineada. Sus rasgos principales son la resistencia al mal, la esperanza más allá de todo lo previsible, la humildad, la misericordia, y sobre todo, llegar en todo ello hasta los últimos límites de la propia resistencia, hasta el

²⁵ Danielou, op. cit., pág. 19.

²⁶ Danielou, op. cit., pág. 54.

²⁷ “Si imaginas a la gente en semejante estado místico, en el que el Mal está en amplia medida encarnado y en el que la resistencia física a él constituye un acto de fundamental lealtad a Dios, creo que la «buena gente» se encontraría en ese estado: concentrada en lo negativo, en la resistencia a lo falso, mientras que la «verdad» permanecería más en lo histórico y lo filosófico que en lo religioso” (*Cartas*, op. cit., pág. 243).

total don de sí. Sería tema para un artículo aparte mostrar cómo se va dando esto en los diversos personajes, en los cuales se muestra la santidad no como algo ya hecho sino en su mismo proceso de realización²⁸. Por ejemplo, el “El Señor de los Anillos” Tolkien dice que en cierto modo es la “historia del proceso por el que el humilde Frodo se dirigía al «ennoblecimiento», a su santificación”²⁹. Y hablando de la estructura de la obra dice: “Está planeada para ser «hobbitocéntrica», es decir, primordialmente un estudio del ennoblecimiento (o santificación) de los humildes”³⁰.

Después de todo lo dicho, esperamos que queden contestadas las preguntas que nos formulamos al principio: si se trata de una obra cristiana, y si es así por qué Dios no “aparece”. Podremos comprender entonces, por qué un teólogo como Marc Sebanc dijo: “El de Tolkien es un arte exquisitamente proléptico, que toma un universo pagano, precristiano, y lo bañó discretamente con una santidad sacramental proveniente de lo que Balthasar llamó la forma de Cristo”³¹. O lo que Tolkien mismo escribió, contestando una carta de Carole Batten-Phelps:

“Usted habla de «una salud y una santidad» en el ‘Señor de los Anillos’ «que es en sí mismo un poder». Me conmovió profundamente. Nunca antes se me dijo nada semejante. Pero por una extraña casualidad, justo cuando empezaba ésta, recibí una carta de un hombre que se clasificaba como «un incrédulo o, en el mejor de los casos, un hombre cuyos sentimientos religiosos surgen demorados y en penumbra... pero usted», decía, «crea un mundo en el que una cierta especie de fe parece estar en todas partes sin una fuente visible, como luz surgida de una lámpara invisible». Sólo puedo responder: «Ningún hombre puede juzgar con seguridad de su propia salud. Si la santidad habita su obra o como una luz penetrante la ilumina, no proviene de él, sino por su intermedio. Y ninguno de vosotros la percibiría en esos términos, a no ser que también estuviera en vosotros... Por supuesto, ‘El Señor de los

²⁸ Tolkien habla, por ejemplo, de la “gradual educación (de Frodo) hacia la nobleza del servicio de lo ingrato y de la percepción en lo corrupto del bien dañado” (Cartas, op. cit., pág. 384), utilizando, como muchas veces lo hace, la palabra «nobleza» en el sentido de santidad. Este es uno de sus temas favoritos: “...amo lo vulgar y lo simple tan intensamente como lo noble, y nada conmueve más mi corazón (más allá de todas las pasiones y de todos los quebrantamientos del mundo) que el «ennoblecimiento» (desde El Patito Feo hasta Frodo) (pág. 272).

²⁹ Cartas, op. cit., pág. 274.

³⁰ Cartas, op. cit., pág. 278.

³¹ Sebanc, Mark: “J. R. R. Tolkien: Lover of Logos”. *Communio* 20, Washington, spring 1993, pág. 84.

Anillos' no me pertenece. Ha sido dado a luz y debe seguir ahora su propio camino predestinado en el mundo, aunque, naturalmente, siento un profundo interés por su suerte, como lo sentiría un padre por la de su hijo"³².

A los que nos hemos hecho amigos de la obra de Tolkien, sólo nos queda esperar que ese camino se vaya ensanchando entre nosotros, para que sean muchos los que se beneficien de su elusiva luz.

³² *Cartas*, op. cit., pág. 480.